

MEMORIA DE JOAQUIN TURINA EN NUESTRA ACADEMIA



El maestro Eduardo Toldrá examina con el compositor sevillano la obra que pronto dirigirá.

A la espera de la definitiva conclusión de las obras que permitan, con la puesta a punto del Salón de Actos, celebrar conciertos y sesiones de homenaje, entre las que ocupará lugar de relieve la en recuerdo al insigne Joaquín Turina, ilustre miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, el Pleno de la Academia me hizo el encargo de recoger las personales aportaciones de todos los componentes de la Sección de Música, en memoria y como ofrenda al artista y al compañero inolvidables, cuyo centenario se ha celebrado en el mundo musical.

Con libertad absoluta en el carácter y la extensión de las colaboraciones, coincidentes sólo en el fervor hacia el amigo, he aquí las respuestas, que se recogen por orden de antigüedad en el escalafón Académico, sin la menor apostilla por parte de quien se une a ellas y se honra transcribiéndolas.

A. F. - C.

UNIVERSALIDAD Y LOCALISMO

TODO se ha dicho y todo se ha escrito sobre este gran músico español.

Aunque su obra es universal, en toda ella se refleja, radiante, su ciudad natal: Sevilla, con su Torre del Oro, su Giralda, su Catedral, su barrio de Santa Cruz, sus altas palmeras, el alegre bullicio de sus calles, la sonrisa de sus graciosas mujeres.

Fue un gran músico y también fue un hombre noble cuya alma no conoció la envidia ni la vanidad.

Fue amigo de sus amigos. Y por ello quiero, ahora que celebramos el cien aniversario de su nacimiento, rendirle con estas breves líneas mi modesto homenaje, lleno de admiración y cariño.

JOAQUÍN RODRIGO.

TURINA Y EL MUNDO INTELECTUAL

ME refiero a la época de nuestra posguerra, en la que le conocí íntimamente y trabajé a su lado. En el temprano otoño de 1939 yo formaba parte muy como hermano menor de esa generación —Laín, Tovar, Ridruejo— que agrupada en torno a la revista *Escorial* trataba a toda costa de establecer una tarea cultural de continuidad: era labor difícil y que se transformó en oposición a partir de febrero de 1956. Musicalmente, la continuidad posible se cifraba en la obra de Falla y en la presencia de Ernesto Halffter, nombres unidos al reestrenarse *El retablo de maese Pedro*.

La vida intelectual se cifraba un tanto en *Escorial* —allí se rindió homenaje a Ricardo Viñes— y en la tertulia del Lyon. En ambos mundos Turina fue recibido con respeto, bien pronto acrecido en cariño. Sirvió de puente para el cariño la simpática y venerable figura de Manuel Machado, cuyo gran poema sirvió de prólogo a mi biografía de Turina. Machado presidía una especie de sociedad poética titulada “Musa, musae”. Nos reuníamos en la Biblioteca Nacional y los poetas leían sus versos. Dedicamos una sesión especial al estreno de *El cortijo*, de Turina. Turina, ya seriamente enfermo, no podía ser tertuliano diario del Lyon y por eso mismo su presencia, como en el caso de d’Ors o de Zuloaga, tenía caracteres de acontecimiento. Un gran homenaje de la tertulia fue para Ricardo Viñes, que entró con los dos Joaquines: Turina y Rodrigo. Una pequeña regañina: cuando yo en una conferencia critiqué a la Academia por su conducta con Felipe Pedrell.

Cuando Turina muere, yo no estaba todavía en la Academia. A las puertas, sí: siendo todavía seminarista surgió mi candidatura al fallecer

Víctor Espinós. Rechacé agradecido la sugerencia por mi edad, situación y entusiasta deseo de ver elegido al Infante Don José Eugenio de Baviera. A Turina le pareció muy bien. Turina llegó tarde a la Academia, como llegó tarde a la Cátedra de Conservatorio, grado este de escalafón como se ve por el *Anuario*. Quería muchísimo a la Academia, definida por él como “tertulia en el más alto grado”. Se llevaba bien con sus compañeros de sección, como se llevaba bien con todos, pero tenía preferencia por los pintores, pues alguno como Eugenio Hermoso había conocido bien al padre de Turina, pintor. Me contaba con gracia y sin hiel las incidencias en las elecciones académicas cuyo reglamento era distinto al de ahora: cabía entre otra cosas la presentación directa del candidato y él se divertía con algún candidato “inevitable”. Alguna otra referencia de bienvenida hay en sus artículos, deliciosos artículos, del *Dígame*: el dedicado, por ejemplo, a José Cubiles, su intérprete preferido. Ninguno de los actuales componentes de la sección hemos podido compartir con él las tareas académicas aunque todos le quisimos mucho: por las actas pueden seguirse sus intervenciones breves y cordiales. Solicitó el apoyo de la Academia para la reanudación de las obras del Teatro Real: la barrera de la que tanto se dolió fue su mayor amargura como Comisario de la Música.

FEDERICO SOPEÑA.

MI HOMENAJE DE COMPOSITOR

CUANDO el año pasado me encargaron una obra en homenaje a Joaquín Turina vi la ocasión, deseada por mí hacía mucho tiempo, de dedicar, con admiración y respeto a su brillante obra musical, mi aportación a tan gran artista sevillano y español, tan admirado siempre por mí.

En este *Divertimento para piano* que le dediqué he querido unir el encanto de nuestros ritmos andaluces al color y belleza de sus cadencias. Con la admiración al gran Maestro, que tan bien supo emplearla en sus obras.

JOSÉ MUÑOZ MOLLEDA.

AL HILO DEL PERSONAL RECUERDO

TODOS hemos leído *La colmena*, de Cela, y ningún cinéfilo habrá dejado de ver la magnífica película basada en aquella obra. Fueron años muy difíciles, en efecto, los de la posguerra. Pero, luchando denodadamente contra la escasez y las dificultades sin cuento, existía la ilusión de reconstruir un país destrozado. Para los que habíamos conocido el cochambroso Conservatorio de la calle de Pontejos, o sus destartaladas instalaciones en “Los Luises”, la casa de la calle de San Bernardo (hoy Escuela de Canto) nos parecía de un lujo asiático. Pero el lujo no estaba sólo en las aulas, salones, el bellissimo salón de actos o el famoso cuarto de baño del P. Otaño, sino muy principalmente en los profesores que entonces ejercían la docencia. Bien lo sabemos los músicos de mi generación y los de la siguiente. Conrado del Campo, Francisco Calés Pina, Julio Gómez, José Cubiles, Antonio Lucas Moreno, Regino Sainz de la Maza, Bernardo de Gabiola, Jesús Guridi y tantos y tantos otros.

Y, naturalmente, Joaquín Turina. Allí le conocí y le traté con el gran respeto que, muy justificadamente, nos inspiraban aquellos maestros. Recuerdo su aspecto menudo, su elegancia natural—como sabe dar la tierra andaluza, con milenios de civilización detrás—, su innata cortesía, nunca una palabra más alta que otra, su sentido del humor.

Y luego pensaba para mis adentros: “Este señor, que no tiene pretensiones ni se da importancia, es el autor de la *Sinfonía sevillana*, de las *Danzas fantásticas*, de la *Oración del torero...*” Obras que me maravillaban y me siguen maravillando.

En el actual Conservatorio, en la zona de la Dirección, hay un busto de Turina que recoge con gran sobriedad no tanto la expresión como el talante de nuestro gran músico. Cuando paso por allí me parece que a la vuelta de algún recoveco de aquellos pasillos me voy a cruzar con Don

Joaquín, la cabeza un sí es no es inclinada y el andar silencioso... Dice la Escritura que benditos sean los que mueren en el Señor, pues sus obras les siguen. Y, ciertamente, también ellos siguen a sus obras, que mantienen vivos su presencia y su recuerdo en quienes les conocimos.

RAMÓN GONZÁLEZ DE AMEZÚA.

PIANISMO IMPORTANTE

SIEMPRE he sido muy sincero admirador de Joaquín Turina, desde su condición de músico representativo de España hasta la de agudo y gracioso comentarista de *Dígame*.

He interpretado multitud de veces su obra pianística y creo que ocupa un lugar de suma importancia no sólo en su propio brillante catálogo, sino en el general español de música para teclado. Creaciones tan distintas como las *Mujeres españolas* o la *Orgía* dejaron testimonio de la inspiración personal del gran artista sevillano.

LEOPOLDO QUEROL.

GRAN MAESTRO Y COMPOSITOR DE MERITOS NO SIEMPRE RECONOCIDOS

CON profunda emoción evoco la memoria de quien siempre me distinguió con su amistad y amplia comprensión, dedicándome desde mis comienzos frases elogiosas que tanto me alentaron.

Turina fue un gran maestro y un gran compositor al que no siempre se le reconocieron sus verdaderos méritos. Pero ahí están, por ejemplo, sus obras pedagógicas, que no debemos archivar, y ahí está su extensa y variada producción, que representa, junto a Albéniz, Granados, Falla, Guridi, Esplá y Conrado del Campo, la vanguardia de su tiempo.

Si su obra sinfónica merece estar entre las más importantes creaciones

de la música española contemporánea —bastaría citar la crítica tan elogiosa de Claude Debussy a *La Procesión del Rocío* cuando su estreno en París—, no es menor su producción de cámara y pianística con sus aportaciones vocales.

Dentro de su tan extenso catálogo —por supuesto todo él de alta categoría— mis preferencias se fijan en la *Sinfonía sevillana*, en el *Canto a Sevilla*, en las *Danzas fantásticas*, así como en sus Canciones y en esa “delicia” que escribió para el Cuarteto de Laúdes de los Hermanos Aguilar —y que después transcribió para cuerda— llamada *La oración del torero*, que yo he dirigido tantas veces, siempre con gran placer y excelente resultado.

Turina es plenamente merecedor del gran homenaje que se le está tributando.

ERNESTO HALFFTER.

TESTIMONIO DE UN EXITO MUNDIAL

AUNQUE la música de Joaquín Turina ha estado siempre en mi repertorio desde hace más de veinte años, con motivo de su centenario he tenido ocasión de, en una temporada, dirigir su música en Europa, Estados Unidos y Japón.

Y es una gran satisfacción, como español, ver el cariño con que su obra es acogida en todas partes. No ya la que es repertorio normal, como las *Danzas*, la *Sinfonía*, la *Oración*, sino una pequeña obra que, por encargo de Nicanor Zabaleta, transcribí para arpa y orquesta. *Tema y variaciones*, del “Ciclo plateresco”, es recibida en tan diversas latitudes con fervor y cariño; y no sólo por el público, sino por las orquestas.

Creo que el hecho de que profesionales de la categoría de los profesores de la Orquesta de Filadelfia toquen con gusto y cariño su música, es algo que forma parte del mejor homenaje que se puede rendir a nuestro gran maestro en su Centenario.

RAFAEL FRÜHBECK DE BURGOS.

CALIDAD HUMANA

EN la conmemoración centenaria de Joaquín Turina quisiera destacar, entre aquellos rasgos vitales que acreditan su singularidad artística, los que revelan la gran calidad humana del músico sevillano.

En el gran quiebro que imprime a su actividad, al recibir el oportuno consejo de Albéniz, se advierte el fino talante de quien sabe recoger para sí el juicio certero del maestro amigo. Pero aunque acepte para lo sucesivo el inspirarse en las fuentes populares de su tierra nativa, sabe huir del camino fácil, consiguiendo elevar a categoría musical la vida anecdótica cotidiana del entorno andaluz, aunando su delicada y peculiar dicción de las expresiones populares, como las de la romería, la procesión o el toreo, con la gracia del espíritu que pone emoción en las notas de su pentagrama.

CARLOS ROMERO DE LECEA.

TURINA Y LA GUITARRA

DURANTE mi larga ausencia de España —del 1936 al 52— me lamentaba yo con frecuencia, sobre todo al iniciar cada día mi trabajo matinal, no serme ya posible estimular de cerca al admirable Joaquín Turina a que prosiguiera la composición de obras para guitarra.

Se resistió al principio a responder afirmativamente a mis repetidas instancias. El no hallaba en ningún Tratado de Instrumentación suficientes datos informativos para lanzarse, con mano suelta y certera, a escribir para un instrumento de técnica polifónica tan intrincado como la guitarra.

Le llevé obras de Sor y de Giuliani, transcripciones de Tárrega y mías, le aconsejé que se ensayara componiendo imaginativamente para un violín de seis cuerdas, sin arco, pulsándolo con los cuatro dedos de la mano

derecha —el meñique no se emplea—, y finalmente me puse a su entera disposición para ir adaptando a la guitarra, compás por compás, lo que él fuese escribiendo. No fue preciso. A los dos meses saltó la *Sevillana* de la cabeza de Turina, como Minerva de la de su padre, adulta, bella, armada de todos los recursos y atractivos que suelen exigirse de una obra maestra.

Naturalmente que hubo de ser parcialmente transcripta de su versión original a la que cupiese en la guitarra. Pero esta no fue completa ni de gran momento. Sólo frases aisladas en las que suprimimos duplicación de notas, procedimos a invertir acordes, buscamos giros melódicos distintos y simplificamos apretadas armonías. Turina comprendió y acogió los cambios que iba yo proponiéndole y de tal manera fijó en su memoria mis razones, que al escribir, años después, el *Fandanguillo* —una de las obras breves más perfectas de la música española contemporánea— se acercó tanto y tan bien a la índole técnica de la guitarra que entró en ésta más fácilmente de lo que ambos pensáramos. La guitarra es como un castillo encantado por cuyos laberínticos pasillos y aposentos sólo puede circular su dueño. Le entregué la llave, pero él —como todos los compositores que le han sucedido— aguardaba siempre al castellano en la cámara principal.

Así compuso *Ráfaga*, una sonata cuyo tierno andante irradia poesía, y, sugerido por mí, el *Homenaje a Tárrega*.

La *Sevillana* y el *Fandanguillo* permanecen en mis programas de hoy con igual placer mío en ejecutarlas que gozo del público en oirlas.

Volviendo al comienzo de esta página, ¿os dáis cuenta del rimerero de obras preciosas, de auténtico carácter andaluz, que poseería mi instrumento si la vida no me hubiese alejado del eximio maestro? ¿Y cuán sincera es mi pensadumbre al considerar lo que he perdido?

ANDRÉS SEGOVIA.

PROYECCION HUMANO MUSICAL, EN EL TIEMPO

A veces el conocimiento directo, el trato asiduo que determina la confianza personal, puede ser causa de que no valoremos con el rango debido a la figura de cuya bondad y modestia somos destinatarios. El tiempo es crisol que deja en pie lo auténtico y, al margen de lo adjetivo y circunstancial, ensalza virtudes que la misma frecuentación minimizó en su día.

Joaquín Turina, hombre entrañable con el que vivimos todo el acontecer musical de la posguerra hasta su muerte en 1949, era tan sencillo y cordial que nos aupaba hasta esa altura que ahora, por la ausencia, cobra mayor relieve.

Fue un músico irrepetible, muchos años oasis en un paisaje que sólo en los últimos le rindió el debido reconocimiento. Fiel a sí mismo, a su andalucismo lírico, maestro del color y la expresividad, el sentimiento ensoñado y nostálgico, la capacidad descriptiva y el rigor de una técnica de pulcritud extrema, Joaquín Turina ocupa un capítulo esencial en la historia de la música del siglo xx.

Personalmente recuerdo sus agudas y pintureras croniquillas de crítico sabio y bondadoso, su afán organizador de servicio y su generosidad con el colega que entonces comenzaba su actividad profesional. Sin olvidar la ejemplar lección humana de saber vencer el dolor físico de sus enfermedades y, hasta el momento último, trabajar en su piano de Alfonso XI, rodeado por el amor de los suyos —Obdulia, la esposa, en cabeza— y por su familia espiritual de sobrinos y ahijados, que formaban legión.

ANTONIO FERNÁNDEZ-CID.